

## XXI

## Camilo á Octavio.

*Urrea, Mayo de 18...*

El ídolo no ha caído, Octavio; aún no hay un grano de arena en el lago azul y transparente de mi amor. Por el contrario, el pedestal se ha elevado mucho más al ver de lo que ella es capaz, y cómo sabe dar á la virtud un celestial atractivo.

Es imposible ver á esta niña sin adorarla. Su belleza, que después de casada se ha hecho encantadora, es nada, comparada con las elevadas prendas de su corazón, de su talento y de su carácter.

¡Oh, si la vieras en medio de sus suegros, rústicos y sencillos labradores! ¡De su cuñado, rudo y simple muchacho! ¡De su cuñada, aldeanita gorda y colorada! Ella parece un hada bella y llena de gracias, ó bien una musa que levanta su frente radiosa hasta el cielo.

Voy á confesarte una cosa muy dura de confesar para un hombre enamorado: su marido ha llegado casi á merecerla. Es lo más selecto que hay aquí. Es un joven interesante, inteligente, bello, con una belleza simpática, suave y expresiva. Y

si no, ¿cómo le hubiera elegido Mélida? A través de la ruda corteza del hijo de los campos, ella debió adivinar lo que un día ú otro podía valer.

Hay en el semblante de Juan Bautista algo de altivo y de imponente, que se vuelve dulce y tierno al mirar á su mujer. Voy á hacerte un retrato suyo, aunque sea á la ligera.

Imagínate un joven alto y delgado, pero que se conoce que será más corpulento con la edad, pues acaba de cumplir veintidós años. Imagínate una cabeza bella y gallarda, colocada majestuosamente sobre un cuello flexible. Esta cabeza está poblada de cabellos oscuros, y alúmbranla magníficamente dos rasgados ojos negros, que se abren bajo dos cejas tendidas y sedosas. Imagínate una frente abovedada, una nariz delgada y fina, una boca soñadora, una mirada firme, ora velada por la ternura, ora brillante y atrevida. Imagínate unas mejillas de firme dibujo, una barba redonda, una mano pequeña y nerviosa, un pie de mujer y un aire naturalmente distinguido y varonil. ¡Oh! Todo esto lo he examinado con la atención perseverante de un celoso; pero ya sabes que no tengo la mezquindad de negar las ventajas en los otros, aunque las posean en perjuicio mío.

Desde que he conocido á Juan; desde que he visto juntos á estos dos niños que entran sonriendo en la carrera de la vida, que yo he recorrido ya, y á cuyo fin me detengo, cual fatigado peregrino, en busca de silencio y de repo-

so, han pasado por mi mente pensamientos muy extraños.

¡Ah! ¡Por qué separar á estas dos aves que van á buscar el huerto florido del amor! ¿Qué haré yo despertando en el alma de Mélida la voz terrible de las pasiones? ¿Seré por eso más dichoso? ¿Lo será ella?

He aquí las preguntas que cada día me dirijo, y muchas veces con el corazón lleno de lágrimas.

La verdad es, Octavio, que yo he vivido mucho ya, y que mi corazón siente aún la sed del primer amor... ¡Qué triste es verlo cuando se le cuenta perdido!

¿Por qué no hallé antes á Mélida? Esto me preguntaba yo ayer mañana paseándome por el jardín de su casa con un libro en la mano, que no leía.

De repente, al volver un sendero, la vi de frente, ó más bien, vi su vestido blanco que el aire agitaba y arrojaba hacia mí, como para avisarme la dicha de su proximidad.

La miré, y la encontré tan graciosa, tan linda, que mi corazón latió como el ala de una paloma herida.

El cielo de aquella mañana, la primera de Mayo, se retrataba en sus ojos, los más grandes, los más dulces, los más tristes que yo he visto jamás; sus cabellos rubios bajaban por su espalda reunidos en dos gruesas trenzas; sus mejillas estaban ligeramente encarnadas; más blanco era su cuello

que la batista de su vestido, y aún se advierte en él el sonrosado de la infancia; sus dos pies, que el viento imprudente me enseñó, caben en una de mis manos, que tantas veces has llamado pequeñas. Ha crecido, pero jamás se la podrá llamar una mujer alta; y eso es lo que hace que haya en ella lo que más me encanta y me subyuga: ese aspecto débil, que parece que demanda y necesita protección.

Yo no sé cómo la miré, que ella palideció de repente; cerró los ojos un instante como si no pudiese sufrir el resplandor de los míos, y se apoyó en el tronco de un árbol.

Sí, Octavio... se turbó; pero no con esa turbación necia de las demás mujeres: su alteración me espantó... había en ella algo de terrible y mortal...

Alargué yo el brazo para sostenerla, pero se enderezó al instante con una energía de que nunca la hubiera creído capaz.

Entonces vi venir de lejos á su marido. Ya estaba Mélida, no tranquila en la apariencia, sino perfectamente tranquila: la luz de sus ojos, un instante empañada, brillaba otra vez dulce y alegre; el drama había sido mudo, y, como siempre, había terminado al llegar el marido.

¡Y bien! Yo tengo el corazón de esta niña bajo mi mano, como tiene el niño bajo la suya la blanca mariposilla; mío será si quiero: lo sé, lo siento, lo conozco; pero ¡qué triste victoria sería ésta para

Camilo de Peñafiel, hastiado ya de fáciles triunfos en las lides de amor! ¡Qué hazaña! No fué más ruin la de Abelardo al seducir á Eloísa, teniendo él treinta y ocho años y ella diez y siete. Y después, ¿qué haré de mi presa? Ya sabes que soy religioso como el que más; que todas las locuras de mi juventud no se han podido llevar las sagradas creencias de mi infancia, y que aún rezo las oraciones que mi noble, santa y hermosa madre me enseñó; pues bien: me mataría mil veces antes que empañar en lo más mínimo la reputación de Mérida.

Aquí estoy encadenado, como Prometeo á la roca fatal: todo está aquí lleno de ella; si pienso en alejarme, mi corazón se subleva y llora lágrimas de sangre; si decido á quedarme, me avergüenzo de mí mismo y me pregunto á qué conduce la prosecución de tan grande necedad; al fin, creo que me alejaré de aquí... Sí, dejemos á estas tórtolas en el nido de su amor. Juan la merece más que yo; aún está su corazón lleno de ilusiones, y el mío está hueco como un sepulcro. ¡Sí, huyamos! Yo soy la negra nube que ha aparecido en este cielo azul; el alma apenada que va en busca de algo que halló por fin, pero que ya era de otro dueño. En dos cosas pienso hoy todo el día: en el suicidio y en que hay otra vida eterna.

Soy demasiado valeroso para suicidarme, y quiero vivir, aunque sea para el martirio.

¡Vivid, pobres niños! ¡Jóvenes esposos como

los que he visto en mis viajes por los desiertos de la India, vivid! ¡Ojalá podáis suspender algún día las cunas de vuestros hijos de las ramas floridas de los almendros! ¡Ojalá veáis alrededor vuestro una dilatada familia de nietecillos, á los que leguéis el ejemplo de vuestras virtudes, de vuestra inocencia y de vuestro amor!

CAMILO.

## XXII

### La Marquesa de Montemar á la Condesa de Peñafiel.

*Castillo de Montemar, Mayo de 18...*

Voy á tener, señora, el placer de hacer á usted un servicio en memoria de nuestra antigua y buena amistad, cuando ambas éramos pensionistas en casa de Mme. Honoria, y al mismo tiempo daré á esta querida ex-directora una prueba de afecto y gratitud, desviando de su inocente cabeza una acusación que usted misma ha arrojado gratuitamente sobre ella.

Soy aquella Valentina que usted humilló en cuantas ocasiones pudo, así que dejó de ser niña; aquella Valentina que cometió el enorme delito de ser más bonita que usted, y después el no menor de enamorar al que iba á ser su esposo; y usted es

la señorita Clara de Campoverde, más orgullosa que bella, más severa que tierna, casada con el Conde de Peñafiel, porque éste tuvo lástima de usted al ver que yo le había robado su novio y que jamás ha logrado la dicha de ser amada por ningún hombre.

Repasemos la lista de todos los amores de usted, y se verá que no exagero.

En primer lugar, y estando todavía en el colegio, se enamoró de usted un estudiante de la Universidad, al que, á pesar de ser tonto y presumido, correspondió usted con esa sed de afecciones que toda su vida la ha dominado.

Su mamá de usted la sacó de la pensión como á niña mal criada; la desterró á casa de su tío, y se acabó la función.

El estudiante no volvió á acordarse más ni de la santa de su nombre. A los dos días de salir usted empezó á hacerme á mí el amor, y yo no le hice caso: era demasiado feo y demasiado tonto para la *aldeanita* Valentina, como usted me llamaba.

Después se enamoró usted con frenesí de César de Montemar: él jamás lo estuvo de usted; pero era un niño, y se lo creyó. No obstante, me vió á mí y conoció que se había engañado; se empeñó en casarse conmigo, y lo consiguió, porque para mí era una gloria el aprovechar todos los afanes que la Mariscala se había tomado para usted.

De su esposo de usted no quiero hablar, porque

jamás la amó: es demasiado grande, noble y superior para eso. Desengáñese usted, querida Condesa: Camilo de Peñafiel no puede amar á usted.

Pero no es esto lo peor, sino que él ama á otra. Usted lo conoció muy pronto, y procuró indagar quién era esa *otra*, fijándose en la inocente Honoria, que es lo que se llama *una buena mujer*, además de una mujer buena.

Yo, que supe los celos de usted así que llegué de París, y á qué parte dirigía sus sospechas, me reí. Conozco más á fondo que usted—á pesar de su ponderado talento—á su marido y á nuestra antigua directora, y me dije:

—No lleva ese rumbo el pensamiento del Conde.

Se fué Honoria, huyendo de sus celos de usted y quizá para desvanecerlos, y el Conde se fué también, ¡cosa rara! al mismo sitio que ella. Los celos de usted subieron de punto, y yo seguí riéndome y diciendo: «No es eso.»

Hice lo que usted debía haber hecho: me propuse aclarar la verdad del asunto, y me fingí estar enferma y querer pasar algunos días en este viejo castillo, al cual me vine con mi camarera. A las pocas horas de estar aquí, sabía ya todo lo que deseaba saber, lo que me propongo comunicar á usted, pues éste es el objeto de mi carta.

El Conde de Peñafiel no la ama á usted ni ama á Honoria: á quien ama es á Mélida, á su hermana de usted, y la ama con un amor que yo le aseguro durará tanto como su vida, porque el que

ama á Mélida no la olvida nunca, y además, cuando ama el Conde, es para siempre.

Lo que de él he oído contar en París me ha hecho formar un juicio muy exacto de su carácter, porque esta *aldeana*, Valentina, que hoy tiene el atrevimiento de escribir á usted como de igual á igual, posee un raciocinio muy claro.

Perdón, señora Condesa, si he emponzoñado en el corazón de usted el afecto más tierno y más profundo que en él se abriga: el amor á su hermana, á la que ha adorado siempre; pero ¡qué remedio! éste es el mundo. Mélida, á quien usted ha idolatrado toda su vida, le roba su marido. Valentina, la atrevida aldeana que se quería igualar con usted, le hace un servicio no pequeño advirtiéndola de lo que pasa.

Aquí está el Conde vagando por los sotos todo el día como alma en pena; se queda pálido y descolorido, y aunque hombre de mundo, se complace en mirar la luna y los arroyuelos como un colegial.

Mélida creo que ni sospecha siquiera el efecto que produce: está disponiéndose para marchar con su marido, á quien ama, á la ciudad. Mélida es un ángel, y por eso la adora el Conde: eso no es extraño, porque yo la amo también. Antes de venir aquí, la compadecía por tener que vivir entre rústicos; ahora la admiro, y conozco que no hay situación que la virtud, las gracias y el talento no puedan embellecer. ¡Ah, Condesa! ¡A usted

es á quien compadezco ahora por tener semejante rival, pues no podía haber otra más peligrosa para usted!

¿Se irá el Conde á la ciudad detrás de Mélida? Eso sí que sería gracioso y poco agradable para su esposa.

La deseo á usted toda clase de consuelos y de felicidades, y acabo ésta dándole un consejo: dicen que mi marido está, ahora que es usted de otro y él es mío, enamorado de usted. Vénguese del Conde aceptando sus rendimientos: es el mejor consejo que le puede dar la *aldeana*

VALENTINA.

## XXIII

### Mélida á la Condesa.

*Urrea, Mayo de 18...*

Algunos días he pasado sin escribirte, muy contra mi gusto, querida mamá. La última carta tuya está aún sin respuesta; pero tú me perdonarás cuando te diga que he estado disponiendo mi viaje para la ciudad, y además yendo y viniendo con Juan y con madre Catalina para arreglar *nuestro nido*, como dice mi marido.

Padre ha querido ver también la casa y dar su

parecer: ha regañado un poco, diciendo que es pequeña como una jaula, y que la cocina es muy miserable. El buen anciano, acostumbrado á su gran casa de la aldea, halla pobre y mezquina la que hemos alquilado aquí, y que verdaderamente es un *nido*, y nada más.

Hoy es el día de la partida. Madre Catalina y padre Matías vienen con nosotros á instalarnos en nuestra nueva vivienda, y Camilo viene también. A propósito de Camilo: nos hemos detenido algunos días más porque él ha llegado; pero viendo que prolonga su estancia—muy á gusto de todos,—y conociendo que Juan Bautista desea ir á la ciudad, nos hemos decidido á marchar.

A la verdad, algunas veces me admiro de que los padres de Bautista consientan en que nos vayamos cuando el curso va á cerrarse. Apenas le quedan ya dos meses para asistir al aula; pero él parece desear tanto la libertad de poderse volver á entregar á sus estudios, que todo se ha olvidado ante el gusto de complacerle.

Y ahora, mi buena y querida mamá, es preciso que te hable de tus sospechas y de las de Clara acerca de la pretendida pasión de Camilo por nuestra amiga Honoria, y que te repita lo que le dije á ella: Camilo no ama á esa mujer, buena, sencilla y piadosa; los he visto de cerca, los he observado... ¡No! Sólo la profesa la tierna amistad de un hermano, el templado cariño de un afectuoso protector.

Y, sin embargo, madre mía, yo estoy cierta de que alguna pasión domina el corazón de Camilo y le distrae del afecto que debe á mi hermana. ¡Yo estoy segura de que él ama... pero no á Honoria!

Este convencimiento es para mí muy triste, porque Camilo no es uno de esos hombres que nacen con la cabeza vacía y que se entregan á la galantería por pasatiempo. Camilo es incapaz de mentir, ni aun en broma: si ama, lo dice; pero no fingirá jamás una pasión. Como quiera que sea, Honoria viene á la ciudad con nosotros; á nuestro lado pasará algunos días, y Clara verá, no lo dudo, disiparse sus sospechas.

¿No puede ser lo que su marido siente una tristeza pasajera, un ataque nervioso de esos que algunas veces alteran la parte moral, por muy bella que sea? Creo, madre mía, que Clara debe tener paciencia y esperanza; creo que eso puede ser una enfermedad moral de esas que sólo cura Dios, contra las cuales nada pueden todos los remedios de la tierra, y que no tienen más consuelo que la paciencia y la dulzura.

Esta casa está ahora muy llena de gentes para el estado de mi ánimo. Santiago y María traen de continuo, con su alegre y bullicioso carácter, jóvenes parejas que disponen bailes y que hacen mucho ruido. Camilo parece divertirse con este movimiento sencillo y campestre, con estas conversaciones rústicas, con esta algazara; pero á

Bautista, y á mí sobre todo, nos sucede lo contrario. Yo estoy muy triste, madre mía, pensando en las penas de mi hermana y en las que deben atormentarte á ti; quisiera estar á vuestro lado, y, sin embargo, no me atrevo ni aun á insinuarlo á mi esposo, que no me diría que no, pero que tampoco quedaría gustoso solo en la ciudad.

No sé qué vaga inquietud me atormenta y ocupa mi espíritu, tan sereno siempre, tan alegre, tan lleno de plácida calma.

Me olvidaba de decirte que ha llegado Valentina para pasar algunos días en el castillo; pero tú debes saberlo, pues ella se habrá despedido de Clara y de ti.

Yo no he ido á verla. Doña Casilda me dijo hace tres días que la había visto pasearse sola en el bosquecillo que hay á espaldas de la fuente, á la entrada de la aldea. María estaba conmigo, y al oírlo se puso colorada y dijo á media voz:

—Yo ya sabía que había venido.

—¿Y quién te lo dijo?—la pregunté.

—Ella me lo escribió.

—¿Por qué lo has tenido tan callado?

—Me encargaba que nada dijera, y como sé su genio no quise incomodarla.

Al oír estas palabras me puse á temblar. ¿A qué habrá venido aquí esta mujer fatal? ¿Qué designio la trae? ¿Qué quiere? Casi estoy contenta de alejarme de los sitios que ella habita.

Espero disfrutar en mi casita de tranquilidad y

de sosiego, y espero también, mamá, que tú y Clara vendréis á verme en ella y á embellecerla con vuestra presencia; quizá allí pueda mi hermana recobrar la felicidad y la salud.

Tengo interés en saber lo que hace Camilo ahora, y en saber quién es el objeto de ese amor desconocido: la verdad es que, detrás de la alegría que finge, hay en él un fondo de inmensa melancolía. Su tristeza es verdadera, su alegría es la falsa; sus miradas, sus sonrisas, todo expresa un desaliento mortal; está delgado, pálido, desconocido. ¡Pobre Camilo!

Pero, en fin, yo me alejo de estos dolores y de estas alegrías, que me asustan igualmente. No sé qué de frío y rígido envuelve mi vida y me desalienta: deseo cambiar de objetos y hallarme sola con Honoria y con mi marido, para darme cuenta de mí misma.

Allí, en aquella casita alegre y llena de sol; en aquella casita silenciosa como un nido y animada por los cantos de un jilguero y de un canario; en la soledad de mi amor y de mi amistad, se descorrerá el denso y tupido velo que la pena misteriosa de Camilo ha echado sobre mi existencia, antes tan libre y tan feliz, tan serena y tan bella.

MÉLIDA.

## XXIV

## La Condesa á Mérida.

*Madrid, Mayo de 18...*

Adjunta es una carta que Valentina ha dirigido á tu hermana: del efecto que habrá producido en su ánimo y en el mío, tú misma puedes juzgar.

Mérida, mi corazón se resiste á creerte culpable. Dudar de ti sería para mí tan imposible como dudar del cielo; pero el desorden que reina en tu última carta me confunde y me llena de dudas y de consternación. ¿De qué proviene esa confusión de tu espíritu, siempre tan tranquilo y tan sereno? ¿Qué te sucede? Algo me ocultas, demasiado triste para que yo lo sepa, ó demasiado culpable.

¿Estás ya en la ciudad con tu marido y Honoria? ¿Te ha seguido Camilo? ¿Se ha quedado en la aldea? ¿Es cierto el amor de que habla la carta de Valentina? ¡Oh, hija mía! ¡Huye de él, en vez de darle entrada á tu vez en tu alma!

Camilo es un hombre superior, y soy yo la primera en conocerlo: ¡he aquí la razón por la que tiemblo por ti! Tú eres también una mujer superior, y no quiero negártelo: ¿acaso por ser tu madre dejó de reconocer la elevación de tu talen-

to, la brillantez de tu ingenio, la firmeza y lucidez de tu razón? No, Mérida: tu madre sabe conocerte y apreciarte mejor que nadie quizá; pero en el modo de obrar de un hombre superior y de una mujer que lo es igualmente, hay siempre una inmensa diferencia, y yo la he observado en el discurso de mi vida.

El hombre superior tiene las pasiones más fuertes y se entrega á ellas con mayor ardor que los demás hombres; la mujer superior debe reprimir y contener las suyas en el freno de la razón; debe huir del fango en que la envolverán, sin duda, y elevarse sobre las demás mujeres vulgares en el pedestal de su virtud.

Pero ¿qué te digo? ¡Quizá, hija mía, estoy ofendiendo tu inocencia y tu pudor! ¡Perdóname! ¡Soy tan desgraciada! ¡Sufro tanto al ver la desesperación de tu hermana! ¡Ah! ¿qué he hecho yo para soportar tantos pesares?

El estado de Clara es el más deplorable: si no se consuela, irá con ella á tu lado para que te vea y sus crueles sospechas no tomen cada día mayores proporciones y más intensa amargura; y, sin embargo, aún cree que todo es una invención de esa criatura infame para vengarse de ella, y no puede resolverse á ver en ti á su rival.

—No—me decía esta mañana:—Mérida no puede hacerme traición. ¿No se ha casado por amor con Juan Bautista? ¿No me ha dado pruebas incesantes de amarme con ternura? ¿Por qué sospecho

de ella? Pero ¡ay! ¿Y si, á pesar de su virtud, Camilo alimenta por ella una pasión violenta é incurable? ¿Y si ella le ama á su vez en secreto? ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no se han conocido y se han amado antes? Entonces se hubieran casado y hubieran sido dichosos, porque parecen nacidos el uno para el otro. Sí: mi hermana es digna de Camilo, más digna que yo. ¡Dios tenga piedad de todos nosotros!

De esta suerte se atormenta tu infeliz hermana. Espera con ansia tu primera carta: cuida cómo la escribes; del estilo de ella depende que se tranquilice. Si viera la que me has escrito á mí, crecerían su sobresalto y su zozobra, porque, Méli-da, ó yo me engaño mucho, ó Camilo ha hecho en tu alma una impresión muy fuerte.

¡Hija mía, hija mía! La dicha mayor de la mujer casada es la de hallar á su marido superior á todos los hombres del mundo: si no tiene perfecciones, que tu imaginación ó tu gratitud se las atribuya; la imaginación es casi siempre una cruel enemiga de las mujeres, pero muchas veces les hace también grandes beneficios. Que ella te ayude en esta ocasión á ver mejor de lo que es á tu esposo; y luego, hija mía, piensa que el esposo más escaso de mérito es mejor que el amante más rendido, es más generoso y más honrado: la virtud de muchas mujeres consiste casi siempre en un poco de egoísmo.

Yo amaba á tu padre con pasión al casarme con

él, y, sin embargo, he hallado en el mundo algunos hombres que han hecho en mi ánimo una fuerte impresión. Por buena y honrada que sea una mujer, no se deja, al casarse, su corazón en la iglesia, ni sus ilusiones desaparecen. No, hija mía: la virtud no consiste en no sentir, sino en luchar y vencer; poco mérito tiene la que jamás ha conocido el peligro, y sólo merece coronar sus sienes con la aureola de la virtud la que ha sabido salir ileña de él.

Yo hallé una máxima en un libro escrito por una mujer, que me ha libertado de muchos peligros.

«El amor más acendrado—decía aquella página,—no es feliz hasta que se escuda bajo el velo sagrado del matrimonio. Ved todas las uniones ilegítimas: son sólo remedos más ó menos imperfectos del santo lazo; y luego, entre el marido y el amante, ¡qué enorme diferencia! El esposo ama en su mujer antes el alma que la belleza; antes las modestas virtudes de la cristiana, que los encantos del semblante; la ama enferma, ajada, y la ama también cuando los años se han llevado la frescura del rostro y la finura del talle; pero el amante se cansa hasta de la belleza misma, y no sabe, ni quiere, ni puede disimular el hastío que le causan las averías de lo que no le pertenece más que por su propia voluntad.»

La experiencia me ha hecho conocer que aquella ilustre escritora decía verdad.

Hija mía, esta carta la empecé á escribir con la severidad de la madre irritada; pero poco á poco la madre se ha convertido en la amiga, en lo que he sido constantemente para vosotras, en lo que siempre quiero ser. Escíbeme, hija mía; dime cuál es el estado de tu alma, el estado de Camilo; dime si ya estás en tu casa. Esta carta la envió á las listas del correo: dime si llega á tus manos pronto, y, sobre todo, escribe á tu hermana con serenidad y firmeza, y del modo más propio para tranquilizarla; yo escribo hoy mismo á Camilo, que no sé si estará en la aldea, aunque pido á Dios que sea así y que no se haya atrevido á seguirte á la ciudad.

LUISA.

## XXV

### La señora Catalina á la Condesa.

*Urrea, Mayo de 18...*

¡Ya se han ido, señora! ¡Ya he quedado, como quien dice, sin luz en los ojos, sin calor en el corazón! Y en tal estado le escribo para decírselo, ó más bien, le escribe mi buena amiga doña Casilda, la hermana del señor cura, á la que usted conoce y aprecia también.

Podían haber escrito esta carta mi marido, mi

hijo Santiago, ó su mujer María, porque todos, aunque no muy bien, saben escribir; pero ¡ay, señora Condesa! me dirían que estaba loca, ó si no me lo decían, porque mi marido me quiere mucho para disgustarme, y mis hijos me respetan demasiado, lo pensarían á lo menos, si les dictase lo que con toda confianza dicto á doña Casilda, esto es, que la luz de mi casa son, y ahora lo conozco, Juan y Mélida; que los demás son nada comparados con ellos.

Señora, mil y mil gracias por haberme dado á su hija; tanto la quiero como si fuese mía, y no digo más, porque lo que más se quiere en el mundo son los hijos. ¡Qué buena, qué dulce, qué humilde es! ¡Cómo sabe conllevar los genios de todos, perdiendo de su derecho por complacer á los demás! ¡Cómo respeta todos mis gustos y los de su marido! ¡Qué amor tan lleno de consideración á Juan! Siendo ella tanto más que él, parece que le respeta como á lo más grande y hermoso que conoce: algunas veces, al verla, me acuerdo de aquella gran Reina llamada Isabel la Católica, que dicen que respetaba á su esposo Don Fernando como á su dueño y señor, siendo así que ella le aventajaba en valor y sabiduría.

Míre usted, señora: yo quería que mi hijo mayor fuese labrador como su padre; me había arrepentido de dejarle estudiar para abogado. Pues bien: Mélida nos ha convencido, con esas dulces palabras que Dios ha puesto en sus labios, de que

no todos los hombres nacen para lo que sus padres los destinan, y que los que son buenos para una cosa, no son buenos para todas, y lo hemos enviado á la ciudad á estudiar. No es esto lo mejor, sino que en otra ocasión cualquiera, yo, aunque hubiera accedido, me hubiera enfadado después conmigo misma por mi flaqueza, y me hubiera quejado de que me robaba á mi hijo su mujer; y es tan entrañable el cariño que le tengo á Mélida, que no la acuso, y antes digo: cuando ella lo ha querido, bueno será sin duda.

Mélida se ha negado á admitir el importe de una cantidad de pinos que mi marido hizo sacar de su pinar, porque convenía aclararlo: dieron seis mil reales, y me dijo que los pusiera en el fondo común, y que no quería que *su padre* (así llama á Matías) fuese sólo su administrador.

La pensión que usted la envía y lo que dan sus bienes, todo lo gasta en regalos para nosotros, en comprar algunos muebles elegantes y cómodos para la casa, y en arreglar la suya. Señora Condesa, puedo decir que Mélida nos ha educado á todos, y que hasta á mí y á mi marido, toscos ancianos aferrados á nuestras costumbres, nos ha hecho más personas decentes de lo que éramos antes.

¡Ay, qué triste y abatida he quedado desde que mis hijos se han ido á la ciudad!

Las palomas y los pollitos sienten su ausencia y llaman piando á Mélida: todos la nombran, y darían lo mejor que tienen porque volviera.

Por fortuna, los chicos vendrán todos los sábados y se volverán á marchar los lunes por la mañana. ¡Qué alegría cuando vea la tartana que los conduzca á mi lado!

Pero también, ¡qué tristeza cuando se vuelvan á marchar!

Me va á suceder como á las muchachas que tienen baile los domingos, que toda la semana pasan arreglando los trapitos para él y para lucir más que sus compañeras. A mí me sucederá lo mismo. Mi fiesta son mis hijos. Me pasaré la semana esperando al bendito sábado. Un día discutiré un plato que les guste; otro día compraré algo nuevo para su cuarto; otro les daré calcetas muy finas, hechas por mi mano con gran secreto; el sábado por la mañana haré para su habitación grandes ramilletes de flores, de las que más le gustan á Mélida, y luego muchos días de entre semana me iré á pasarlos con ellos, y me llevarán por la ciudad; y yo, que allí conozco mucha gente, iré llena de alegría y de orgullo, diciendo á mis amigos: aquí están mis hijos; mi Mélida, que es hija de toda una señora Condesa, y es además una señorita de las más altas prendas y que hace honor á su clase.

Aquí se ha quedado con nosotros el señor Conde de Peñafiel, su yerno de usted; otro joven de los míos, *ó de los nuestros*, como yo digo, pensando en usted. Quiso primero irse con mis queridos muchachos á la ciudad; luego se arrepintió, por-

que á mi parecer no está bueno de salud, según él dice y según se le conoce. Su palidez es terrible; sus ojos, tan hermosos y de tan dulce mirada, están profundamente tristes; se pasea solitario por los parajes más escabrosos y por los límites del bosque; apenas duerme, porque á cualquier hora de la noche se le puede ver en el jardín.

Yo le pregunto lo que tiene, y me dice que nada, y que está muy bueno. ¡Muy bueno! eso es imposible, porque la cara le denuncia. A mí no me puede engañar.

Yo le insté á que se fuera algunos días al lado de los muchachos; pero aunque al pronto pareció decidirse á ello, después se arrepintió y dijo que se quedaba.

También ha parecido por aquí la buena prenda de Valentina, y—sea dicho entre nosotras—creo, señora, que viene en busca del Conde, porque se hace la enconradiza cuando él se pasea solo. Todo se puede creer de esa mala hija. Ella se ha casado con un Marqués; pero sus propiedades son de moza de mesón. Yo, por mí, no la puedo tragar: la muy desalmada no ha ido ni una vez siquiera á casa de sus padres; y cuando éstos van á verla, les recibe de mala gana. Si fuera hija mía, no había de pensar en que vivía, y renegaba de ella. Yo, en el lugar de usted, trataría de sacar de aquí al Conde, porque tanto puede ir el cántaro á la fuente, que se rompa, y al fin esta muchacha es, por desgracia, la más hermosa que ha visto la

luz en este pueblo desde que yo me conozco. El hombre bueno no busca, pero el mejor no resiste si es buscado; y la verdad, sería un dolor que su hija de usted, tan buena y tan linda también, se quedase sin su marido porque se lo robase esta buena pieza.

Anoche vino el Conde muy cabizbajo de su paseo, y yo le dije:—Señor Conde, á usted le hace mucha falta un hijo.—Sí—repuso él:—¡ojalá que Dios me lo envíe!—y quedó callado, no hablando más palabra hasta que nos retiramos cada uno á su cuarto.

Adiós, señora y amiga; puedo darle este nombre, porque le hablo con toda la confianza de una igual; perdone esta franqueza á la que es además su servidora,

CATALINA.

## XXVI

Octavio á Camilo.

*París, Junio de 18...*

Sé fuerte, amigo mío: sé hombre, y muéstrate el ser superior que todos hemos reconocido en ti, y que yo he admirado y respetado más que nadie.

El que se eleva sobre la multitud, viene á esta tierra de miserias con arduos deberes que cumplir:

toda condición elevada impone obligaciones; pero ¡cuán grandes y terribles las impone la elevación del alma! Camilo, hasta en tus faltas has sido siempre grande; y si ahora cometieras el delito de una seducción tan ruin como vulgar, no habría para ti ni juez más severo ni más despiadado verdugo que tú mismo: lo sé, y reconozco que esa ley, para las almas grandes, de las terribles compensaciones, es una de las leyes más sabias del Soberano regulador del cielo y de la tierra.

Ya ves, Camilo, que conociendo lo grande de tu mal, empleo un lenguaje grave: ya no dudo de lo que sufres.—¡He aquí—me dije con terror al acabar de leer tu última carta,—he aquí el primer amor de Camilo de Peñafiel!

Yo que tantas veces te he pedido y he recibido de ti consejo, no me atrevo ahora á aconsejarte. A pesar de estar velada tu razón por las sombras de un agudo dolor, aún le quedará bastante luz para guiarte. Piensa en Clara: tu esposa tiene derecho á ser dichosa; no le robes la parte de dicha que está en tus manos.

Además, Camilo, ¿qué harías de tu inocente víctima, dejándote llevar de tu corazón? Ni por un instante he dudado de que dominarías en el suyo si querías, pero he aquí lo más glorioso de tu triunfo: renuncias á un éxito seguro, y alcanzas la mayor de las victorias venciéndonos á ti mismo.

No es el verdadero valor el que se ostenta en los campos de batalla, entre el estruendo de las

descargas y el eco de los clarines: allí la sangre arde, la imaginación se exalta; la vista de la sangre y el humo, los ayes de los heridos, y, sobre todo, el amor propio expuesto, hacen latir el corazón más frío; lo grande, lo heroico, es estrujar su propio corazón en la soledad de su cuarto, estudiar la sonrisa y extender sobre la frente una falsa serenidad cuando la borrasca ruge en el alma.

Pero tú eres capaz de todos los triunfos. ¿Te acuerdas de aquella noche en que por salvar á la señorita Lireux de la cólera de su madre te hiciste una herida casi mortal? Yo sí, y jamás se borrará de mi memoria.

Era una niña casquivana y loca que se enamoró de ti siendo tu vecina. Vuestras casas daban á distintas calles; pero tu ventana, la ventana de aquel cuartito solitario donde te retirabas á trabajar, daba enfrente de las tuyas, al jardín de tu casa.

Clementina Lireux era muy bonita; se apasionó de ti, y te dió una cita y la llave de su jardinillo. ¡Qué cartas escribía tan románticas! ¿Te acuerdas? ¡y con qué ortografía! Llegaste al jardín una noche á las once, y la niña bajó; pero así que había llegado á tu lado, ladró su perrito, que la seguía, y su madre se asomó á una ventana del piso bajo, oyó ruido, vió el vestido blanco de su hija, y se dirigió al jardín.

—¿Quién está ahí?—exclamó con su terrible voz de bajo;—porque Mme. Lireux, comercianta de

guantes, era más propensa á la cólera que un sargento de dragones.

Su hija permaneció quieta y muda.

—¿Quién es este hombre?—repitió.

Entonces clavaste con heroico valor en tu pecho el cuchillo de caza de tu padre, que jamás abandonabas, sacándolo en seguida y envolviéndolo en tu pañuelo.

—Señora—dijiste luego:—me hirieron y grité; la señorita me oyó, y tuvo la caridad de abrirme para darme algún socorro.

¡Oh, heroicidad sin ejemplo, tratándose de la honra de una guanterilla!

Mme. Lireux pidió luces y te vió cubierto de sangre; pero reconociendo en ti al que creía un pobre pintor y al que su hija miraba más de lo que ella quería y más de lo que convenia á sus planes financieros, se contentó con mandar traer un vaso de agua y con enviar á buscar un coche que te llevase á tu casa.

La herida era tan grave, que permaneciste muchos días entre la vida y la muerte; y cuando una noche, en el exceso de mi dolor, te reconvine por tu sublime arrojo, recuerdo que me dijiste:

—¿Qué me importa morir? Al menos he salvado la honra de una mujer. Muchos tienen la desgracia de morir por causas menos dignas y sin haber sido en su vida útiles á nadie.

Y bien, Camilo: ¿qué no harás tú para salvar la honra de Mélida, si morías contento por made-

moiselle Lireux? Todo lo espero de ti, porque sé tus ideas respecto á lo que se merece la mujer en general, y algunas mujeres en particular; eres tú demasiado noble, digno y grande para descender á las miserias de un seductor vulgar: huye del peligro, ya que es tan inminente, que todo tu valor no podrá vencerle quizá. Yo te aconsejé que te acercaras al ídolo, creyendo que caería hecho polvo á tus pies; ahora veo que hay en él algo de divino, y te aconsejo que te alejes: vuelve al lado de tu mujer, al trabajo, á la modesta pero grave obligación de hacer la dicha de toda una familia; tú tienes cerca de Clara grandes obligaciones que cumplir, habiéndote casado con ella sólo por compasión. ¡Ah, Camilo, que no sea tu nombre una limosna que has arrojado á esa pobre niña!

No quería aconsejarte, y, sin embargo, lo hago; y es que hay en la verdad tal fuerza, que sin quererlo se escapa de los labios.

Valentina me ha escrito. Como con ella he conservado—lo mismo que con todos—mi máscara de despreocupado y casi cínico, me participa con mucha gracia que está cerca de ti, en ese pueblo, y que su marido se dedica á hacer la corte á tu esposa: ¡qué locas y qué necias son, en lo general, las mujeres! Adoptamos para agradecerles la máscara del descaro y del libertinaje, y ellas nos imitan muy contentas, ignorando que detrás del hombre osado y galante se oculta el amor á la virtud y al pudor, y que muchas veces queremos pro-

barlas con nuestros alardes de despreocupación.

El más poderoso encanto de Mérida es para ti, y lo comprendo, su pura, serena y tranquila virtud, tan santa, tan digna y tan sencilla.

Adiós, Camilo; vente á mi lado á curar esa herida de tu alma, para que luego puedas volver junto á tu esposa, á la que debes proteger.

OCTAVIO.

## XXVII

### Mérida á la Condesa.

*C..., de 18...*

Soy mujer, y débil como tal, madre mía. La culpa es mi herencia, como pobre y simple mortal, y tal vez sin poderme dar cuenta de ello, caeré en la culpa; mas puedo asegurarte que jamás tendrá parte en ello mi voluntad.

No puedo negarte que el esposo de mi hermana ha hecho en mi ánimo la más fuerte impresión que he experimentado en mi vida: ¿y por qué lo había de negar? Si Clara misma me interrogase acerca del estado de mi corazón, también á ella le diría la verdad, porque sólo la verdad puede salir de mi boca, porque la verdad es para mí lo más augusto que reside acá abajo.

Y cuando á nadie disfrazo lo que siento, ¿lo había de hacer contigo, madre mía? ¿Contigo, mi mejor, ó más bien mi única amiga? ¡No! He abierto para ti mi corazón, como el libro blanco y limpio en que hay escritas todavía pocas páginas: ¡la última es bien triste! Esperemos otras más consoladoras.

Yo no he podido defenderme, madre mía, de la impresión que ha hecho en mí Camilo. Con tu gran talento habrás conocido demasiado que hay en él algo que ningún otro hombre de los que yo he podido ver posee; ¿pero acaso en los combates, los guerreros que anhelan fama y gloria, no buscan para luchar cuerpo á cuerpo al enemigo más formidable?

Yo no he buscado el peligro; pero éste se me presenta y no huiré delante de él.

Una compañera de pensión, que leía libros á hurtadillas de nuestra directora, me prestó una vez uno en que se trataba de una mujer que había muerto víctima de una pasión que no había podido vencer. A la verdad, tal historia no me conmovía, porque sólo lo que se aproxima á la verdad me convence y me hace sentir, y no creo invencibles más que los sentimientos legítimos.

Esta ansiedad de mi espíritu, esta tristeza que hace algunos días me rodea, este agobiador recuerdo de Camilo, todo desaparece al contemplar á mi marido dormido á la suave luz de la maña-

na, después de consagrar la noche al estudio para sobresalir en el aula.

—¡He aquí, me digo, al compañero de mi vida! ¿Cuál otro podíais haberme dado mejor, Dios mío? Como el joven Tobías, emprende su camino con la frente serena, el alma llena de inocencia, el corazón henchido de esperanzas; todo lo que hay en la humanidad de más precioso, otro tanto me ha entregado á mí con la más sublime confianza: su amor primero, el honor de su nombre, la felicidad de su vida. ¡Oh santo lazo del matrimonio! ¿Cómo hay quien desconozca tu nobleza y la dulzura que te acompaña?

No podré nunca comprender, madre mía, á la mujer infiel á sus deberes conyugales. No temas darme consejos, porque los que me envías en tu última carta me son tanto más preciosos cuanto que me afirman en la idea que yo había tenido siempre del amor y de los lazos del matrimonio. Creo que es mil veces preferible el marido al amante: aquél tiene en su favor la gratitud; éste, involuntariamente quizá, sólo puede causar la desgracia, la ruina y la desolación de una familia.

Pero no puedo aquí extenderme en consideraciones impropias de mi inexperiencia y de mi absoluta ignorancia de la vida. Te hablaré de mi situación actual, para que te tranquilices: no quiero que me tengas por desgraciada, porque no lo soy. Si sufriese mucho, te lo diría; pero aparte de alguna tristeza y desaliento, veo la vida *por su buen*

*lado*, como dice el señor cura de Urrea, y la hallo agradable y bella.

Llegamos á esta ciudad, hace cuatro días, Bautista, Honoria y yo; como mi casita estaba arreglada y amueblada de antemano, me dió poco que hacer.

La criada nos esperaba con una ligera colación dispuesta: es de Urrea, y la ha buscado y enterado de nuestros gustos madre Catalina. ¡Ah, mamá! ¡qué buena, qué honrada, qué amorosa mujer es la madre de Juan! A través de su ruda corteza, ¡qué fondo tan bello! ¡qué sensibilidad posee! ¡qué delicadeza de corazón! Ha pensado en los menores detalles que nos puedan hacer agradable y cómoda nuestra estancia aquí.

Vi, al entrar, los dos lindísimos escritorios y el reloj de bronce que has enviado para nosotros. Mi madre Catalina no sabía nada de este regalo, por cuanto nada nos ha dicho. Yo, al verlos, derramé lágrimas de alegría y de gratitud, y Juan estuvo mirándolos más de una hora, abriendo y registrando sus cajones con la puerilidad de un niño.

Tomamos algún refrigerio, y acompañamos á Honoria al cuarto que le había destinado madre Catalina, y que la dama más aristocrática y más inteligente, por lo que toca á delicadezas, no hubiera podido disponer mejor.

¡Cómo suple la nobleza del corazón hasta la educación misma! O mejor dicho, ¡cómo fructifica la más pequeña semilla en el hermoso terreno de

esas almas tiernas y llenas de la poesía del amor!

Al día siguiente, así que se levantó Bautista, fué á presentarse á los catedráticos, que le acogieron paternalmente; y apenas serían las doce, cuando empezaron á llegar visitas, con mucho asombro mío, pues creía que nadie estaba enterado de nuestra llegada.

Todas las familias principales de esta reducida capital de provincia de tercer orden se han hallado hoy en mi pequeño salón, y he creído comprender, por el modo con que se saludaban unas señoras á otras, que era cosa convenida el venir todos aquí.

—Los trae la curiosidad—me dijo Honoria á las dos de la tarde, cuando se marcharon los últimos,—y no han podido esperar á que pasase siquiera el tiempo necesario para que ustedes descansasen.—Amiga mía, una capital de provincia como ésta es mucho peor que una aldea: allí á lo menos se disfruta de libertad; aquí hay que vestirse, recibir y devolver visitas, y ser el pasto de la murmuración de todas estas gentes.

Ya ves, mamá, cómo mi espíritu, aunque abatido, recobra con poco esfuerzo su tranquilidad: no temas por mí; escribiré á Clara y la invitaré á que se venga contigo á mi lado; pero esa carta la he de meditar, para que no vislumbre la herida que no temo exponer ante tus ojos.

MÉLIDA.

## XXVIII

### Honoria á Clara.

*C..., Junio de 18...*

La hora de mi justificación ha sido la de su desgracia, mi pobre niña. ¡Ojalá que yo hubiera seguido siendo culpable á sus ojos, y que su corazón no hubiera recibido la atroz herida que una mano aleve le ha hecho!

¡Y yo he amado, educado, acariciado á esa infame criatura! ¡Y yo la defendía de las acusaciones de todos! ¡Y yo compadecía sus sueños y los delirios de su vanidad!

Veo que la voluntad de Dios es que tenga usted una enemiga cruel, un azote terrible, en Valentina. Las pueriles rivalidades de dos niñas han llegado á convertirse en el odio mortal de la mujer, en un odio alimentado por las dos pasiones más violentas que conozco: por la envidia, por los celos.

Sí: Valentina está á la vez celosa y envidiosa de usted; le envidia todo lo que posee, todas las ventajas que sobre ella le ha concedido el cielo; le envidia su esclarecido nombre, su ilustre familia, hasta su bello y noble natural, porque los en-

vidiosos deploran todas las ventajas, y no son capaces de adquirir ninguna; le envidia á usted, sobre todo, su marido; y como además ama á Camilo con esa pasión ciega é insensata, propia de su carácter irreflexivo y dominante, está celosa de usted.

La envidia es, pues, Clara, la que agita en torno de usted sus negras alas, y los celos son los que centellean delante de sus ojos con su llama voraz y abrasadora. Los que confunden estas dos pasiones, por cierto andan muy desacordados; nada tienen de común entre sí: los celos los inspira el amor; la envidia es el disgusto de ver obtener ó poseer á los otros alguna ventaja; pero Valentina ha hecho una odiosa unión de la envidia y los celos, tratándose de usted.

¡Qué cruel y calculada carta le ha escrito! ¡Ah, jamás se la perdonaré!

Pero ¿qué digo? ¿Qué otra cosa merece esa desgraciada que perdón y olvido? ¿Qué triste carrera la suya! ¡Abandonando desde sus primeros pasos el sitio que Dios le había designado, ni una hora de calma y felicidad ha disfrutado en la edad risueña en la que todo es alegría, ventura é ilusiones! Las suyas han caído abrasadas por la llama de su ambición. Y nada, nada puede sacar fruto de esas flores secas al nacer.

¡Cuánto más dichosa hubiera sido viviendo en su aldea y al lado de sus honrados padres! Allí hubiera podido elegir esposo y ser amada verda-

dera y profundamente, que es la sola felicidad positiva de la tierra. Vedla aquí, en un mundo que no es el suyo, extraviada y errante, llena el alma de sed de afectos, como el pobre viajero que se pierde en medio de los desiertos de la Arabia y teme sofocarse con los arenales que se levantan en torno suyo. ¿Dónde están la clara fuente, el verde bosque, el vallecito esmaltado de flores de la tierra natal? ¿Qué se han hecho los cantos de los pajaritos, el balido de las ovejas, la vaquita blanca que venía á lamerle la mano? ¿Dónde el gran mastín que le servía de almohada por las siestas, y que era su amigo más fiel?

¡Ah, todo lo perdió el incauto al salir de los sitios donde nació para ir en busca de un soñado tesoro! ¡Ya no ve las blancas cabezas de sus padres, ni las sonrisas de sus hermanos! Y el tesoro, ¿dónde está? Sólo existió en los sueños delirantes de su ambición.

Esa es la imagen del destino de Valentina: día llegará en que deplora el mal que le ha hecho á usted, mi noble Clara; el que se hace á sí misma.

En cuanto á usted, su valor no debe decaer ahora ni por un momento. No la quiero engañar: es cierto el amor de Camilo á Mélida; su afán de buscarme, que hizo nacer en su alma tan crueles sospechas hacia mí, no tenía otro objeto que el de hablarme de ella, como así lo hacía en sus largos coloquios conmigo: yo vi brotar ese amor en su pecho antes que él, y con un terror profundo,

porque no hay amor más invencible que el que nace contra la voluntad del que lo siente. Sí, Clara: ama, y ama por la primera vez de su vida.

Pero ya está dicho todo el mal. Ahora, Clara, tenga usted valor para combatirlo: en usted sola consiste, y de usted será todo el premio de la victoria.

El rayo sólo hiere la alta torre ó el árbol más corpulento; jamás desciende al nido ni á la humilde caña.

Preciso es que usted procure atraer á su marido, no por la fuerza, con el enojo ó las injurias; Camilo se reiría compasivamente de semejantes medios: no hay que olvidar que es un hombre superior; que no le alucina un capricho pasajero, sino que le subyuga una pasión terrible; que no es culpable, sino solamente desgraciado, y que, por lo mismo, es forzoso emplear con él recursos nobles y delicados.

Escríbale usted con dulzura y cariño, echando de menos su compañía y diciéndole la verdad: que está usted enferma y triste sin él. No oculte usted nunca por cólera lo que sufre: ocúltelo por dignidad y noble orgullo; pero en esta ocasión, como en todas las que pueda, diga la verdad.

Camilo merece además toda clase de consideraciones. Pudiendo seguir á Mérida á la ciudad, se ha quedado en la aldea: ¿no es esto una prueba de que desea curarse? ¿Y no es justo que usted le tienda la mano? Amiga mía, el matrimonio

es un convenio común, en el que el esposo debe poner la energía, el valor, la fuerza de voluntad para vencer todos los obstáculos de la vida, y la esposa la dulzura, el cariño y los consuelos. No deje usted nunca penetrar entre los dos el auxilio de un tercero; que nadie se interponga entre usted y su marido, y así la de usted será la única influencia que reine en su ánimo.

¿Qué diré de Mérida, de nuestra Mérida? Clara, ni por un instante he supuesto que usted abrigue rencor contra ese ángel de dulzura, de virtud y de talento. No sé si ella sabrá lo que pasa en el alma de Camilo: sólo sé que no hay nadie que llene mejor y más de corazón todos sus deberes que ella. ¡Qué tacto el suyo para embellecer cuanto la rodea! ¡Qué linda casita ha dispuesto! ¡Qué dicho so se halla Juan Bautista al lado de su esposa!

Á la verdad, la vista de esta joven pareja bastaría para reconciliar á cualquiera con el amor y con el matrimonio. Mérida va educando insensiblemente á su marido, quien, si la igualaba en bondad é inteligencia, le era muy inferior en modales: por ejemplo, presentándose ella á su marido bien vestida y en traje propio de la hora, ha corregido el desaliño de Bautista, que, como en todos los hombres de gran talento, con raras excepciones, era bastante grande; le ha inspirado el gusto á lo bello, hablándole de pintura y música, empleando con él un lenguaje culto y elevado, con ese tinte de poesía que ella sabe usar. Por la